

#8M: Miradas sobre el Paro Internacional de Mujeres

Julieta Dorin



Voces que dialogan

De cara al Paro Internacional de Mujeres de este 8 de Marzo, desde la Fundación Rosa Luxemburgo decidimos compartir en esta publicación dos textos de mujeres de la Argentina. Ponerlos a dialogar fraternalmente resulta una manera de mostrar dos puntos de vista y, a partir de ellos, reflejar las múltiples posibilidades de ser y de pensarnos como mujeres y, sobre todo, como sujetas políticas.

Claudia Korol es educadora popular y nos trae en sus palabras los aprendizajes de sus numerosos recorridos latinoamericanos, atravesados por construcciones colectivas y salpicadas por los múltiples sentidos que emplea para contar las experiencias y describir las luchas feministas en todo el continente. Y Verónica Gago, docente e investigadora, aporta su mirada precisa, nacida desde las ciencias

sociales y atravesadas por las diferentes formas de investigación y escritura que aporta desde hace años.

En el internacionalismo como horizonte, Rosa Luxemburgo atraviesa ambos textos para dar cuenta de que los movimientos y las luchas de mujeres que construyeron para muchas más tiene sus inicios desde hace años y siglos, y los actuales feminismos se construyen con los cimientos de esas bases y con esas ancestras.

Pero además, un concepto sobrevuela los dos escritos: el de feminismo popular, como una construcción indivisible que traen las autoras de sus recorridos militantes. Esta propuesta es un recorte, pero también un disparador para seguir sumando voces a un feminismo que no para de crecer.

#8M: Rosa Luxemburgo marcha junto a nosotras

POR VERÓNICA GAGO*

Hagamos un ejercicio de imaginación. Pensemos que Rosa Luxemburgo visitó Buenos Aires un par de días y tuvimos que contarle este ciclo del movimiento de mujeres que desde el 19 de octubre de 2016 al 8 de marzo de 2017 tiene en la herramienta del paro una de sus claves. Pensemos un diálogo con su noción de huelga de masas y sus perspectivas sobre el imperalismo desde el presente de América Latina. Asumamos, finalmente, que una de las cosas más bellas de los momentos de movilización social es que la imaginación

está verdaderamente desafiada por lo porvenir, que es entonces cuando tenemos la experiencia de una temporalidad abierta y así experimentamos en el cuerpo la potencia de nuestro hacer colectivo, incluso intermitente, enredado y que va de a saltos. Disfrutemos, también, que en momentos como éste el movimiento de mujeres relanza sus interlocuciones y linajes y tiene la energía para hablar con tradiciones múltiples. Imaginemos, con la fuerza del deseo que nos mueve, que Rosa nos escucha.

LA DISPUTA POR LA HERRAMIENTA DEL PARO DESDE EL MOVIMIENTO DE MUJERES

Desde octubre hemos instalado la noción de paro como una herramienta del movimiento de mujeres. Le dimos un uso nuevo, la actualizamos y ampliamos. Resignificamos la noción de paro de modo tal que incluya las heterogéneas realidades del trabajo formal, informal, doméstico y reproductivo, y las trayectorias itinerantes entre las economías populares, la desocupación y las distintas precariedades. Logramos así vincular las nuevas formas de explotación con la dinámica de las violencias machistas. Eso nos permitió salir del “ghetto” del discurso de género, cuando pretende confinarnos sólo a hablar de femicidios y a situarnos a las mujeres meramente como víctimas.

La herramienta del paro se ha vuelto clave de la fuerza inclusiva de este feminismo que vemos desplegarse en las calles, los barrios, las camas y las casas.

Ahora llegamos a este Paro Internacional de Mujeres habiendo tejido una densa trama de alianzas, conversaciones, demandas y narrativas con los movimientos de base, los sindicatos y las organizaciones culturales, educativas, migrantes y artísticas.

Las dirigencias de los sindicatos recelan perder el monopolio de esta herramienta. Hemos escuchado decir que la legitimidad para su convocatoria es sólo sindical y hemos visto cómo los medios de comunicación refuerzan esa idea, retratando la medida de fuerza y el grito común de las mujeres para este 8M como si de una “nota de color” se tratase.

Sin embargo, sobre esto hay que poner de relieve dos puntos. Por un lado, que en la coyuntura de nuestro país, donde hace más de un año el

presidente Mauricio Macri –representante del poder de los grupos financieros transnacionales y de las patronales agrarias– gobierna con medidas que van directamente contra el salario, el primer paro lo hicimos las mujeres el 19 de octubre de 2016. Y, por otro, que la propuesta de ampliar la medida funciona como una denuncia práctica de los modos de negociación del ajuste que se hace desde las estructuras de poder. Algunas de esas denuncias esgrimen su propio “materialismo policíaco”, como decía Luxemburgo cuando los sindicatos argumentaban la debilidad de la clase obrera y la fuerza de la represión como razones para no confiar en la huelga. Que en la Argentina la conflictividad laboral está en ascenso es un hecho. Según datos recopilados por el economista Eduardo Lucita, el 55 por ciento de esas disputas se dan en el sector público –mayoritariamente por salarios– y el 45 por ciento en el privado –mayoritariamente por despidos y suspensiones–, pero –como también él constata– en este sector muchos conflictos se procesan por fuera de las organizaciones sindicales.

La herramienta del paro que habla de las múltiples formas de explotación de la vida, el tiempo y los territorios, desborda e integra la cuestión laboral porque involucra tareas y labores generalmente no reconocidas: del cuidado a la autogestión barrial. No deja de lado la disputa por el salario pero, al mismo tiempo, la redefine y la obliga a confrontarse con realidades laborales no salarizadas. Multiplica así los sentidos de la noción de paro sin diluir su densidad histórica. La relanza como clave para entender el modo en que, en el entrecruce de la explotación y las violencias machistas que señalamos, se juega la transversalidad de la conflictividad social.

Colectivx Fotográfico Veinticuatro/Tres



VIOLENCIAS: IR MÁS ALLÁ DE LA VICTIMIZACIÓN

Con la herramienta del paro, las mujeres hacemos una lectura del mundo del trabajo en clave feminista, y le damos así un marco de inteligibilidad para las precariedades que nos atraviesan.

Denunciamos que el capital explota nuestras economías informales, precarias e intermitentes; que los Estados nacionales y el mercado nos explotan cuando nos endeudan. Y que esas formas de explotación van de la mano de la criminalización de nuestros movimientos migratorios.

Esto nos permite conectar situaciones múltiples y enlazar luchas y sentidos bien diversos: desde los conflictos con las transnacionales neoextractivas a los conflictos por la vivienda; de la invisibilización de las tareas de cuidado a la feminización de la pobreza. Es también esa transversalidad la que pone en juego debates fundamentales sobre un feminismo no liberal ni moderado y que, más bien, se reconoce como un feminismo popular-comunitario, desde un léxico y unas prácticas que emergen con fuerza desde América Latina. Es, además, este movimiento feminista que se asume como sujeto político el que tiene la fuerza de denunciar las violencias contra las mujeres como una nueva forma de contrainsurgencia, necesaria para profundizar las actuales formas de explotación y de despojos múltiples.

Porque el paro se habla en muchas lenguas y geografías, permite abordar distintas problemáticas. En Colombia, por ejemplo, hay un debate intenso sobre el papel que jugó la campaña que agitó la “amenaza del género” a favor del triunfo del “no” a los acuerdos de paz. En Honduras y Guatemala, la organización de la medida se afirma fuerte en el reclamo por los femi-

dios territoriales contra líderes comunitarias. En Brasil, los reclamos subrayan la avanzada de las iglesias contra las luchas por las autonomías del cuerpo. En Paraguay, la denuncia contra el envenenamiento por agrotóxicos es un punto fundamental de la protesta.

El paro da cuenta así de un heterogéneo mapa de la conflictividad social del presente. Y se muestra como un gesto revulsivo y no de negociación. Se rebela contra sus usos decorativos o su reducción a un efecto de las redes sociales. La comunicación que pone en marcha el fenómeno del paro se sustenta por la potencia de los cuerpos en la calle, por la irrupción de palabras que nombran de modo nuevo, por la furia que desatan las violencias y, también, por la exigencia de pensar modos de auto-defensa.

Vale la pena destacar un punto: el feminismo, en este sentido, se vuelve más inclusivo porque se asume como una crítica práctica anti-capitalista. Por eso, podemos de nuevo evocar a Luxemburgo: el paro no es un “arma puramente técnica”, que puede ser “decretada” o “prohibida” a voluntad. Por el contrario, al incluir, visibilizar y valorizar los distintos terrenos de explotación y extracción de valor por parte del capital en su actual fase de acumulación, el paro como bloqueo, desafío y desacato nos permite dar cuenta de las condiciones en que las luchas y las resistencias hoy están reinventando una política rebelde. Por eso, este uso que propone el movimiento de mujeres simboliza, expresa y difunde un cambio en la composición de las clases laboriosas, desbordando sus clasificaciones y jerarquías. Esas que tan bien sintetizaba el patriarcado del salario. Y lo hace desde la clave de un feminismo práctico, arraigado en luchas concretas.

UN FEMINISMO POPULAR, COMUNITARIO, DE CALLE

Los femicidios aumentaron en los últimos años. En la Argentina, estamos en el récord en 2017 con 57 femicidios en los primeros 43 días del año. La escalada muestra también formas progresivas de crueldad. Vemos en el incremento de los femicidios un tipo de ensañamiento que intenta acallar con más violencia cada gesto de autonomía y rebelión de las mujeres. Leemos esa violencia en esta clave: hay una guerra contra las mujeres que es una respuesta reactiva a la afirmación de nuestra autonomía; porque estamos diciendo basta, porque estamos afirmando otro deseo, porque estamos construyendo una nueva forma de poder. Hay un intento –que tiene que ver con el discurso unilateral de la victimización– de construir una salida “punitivista” al problema del femicidio, en clave de seguridad. El movimiento de mujeres claramente está pensando en otros términos: en evidenciar que el Estado es responsable pero también en mostrar las formas de explotación y precarización continua que hoy estallan como violencia al interior de los hogares y los barrios, y que se vale de los circuitos de economías ilegales para regular de modo para-estatal esa violencia.

En este recorrido, estamos viendo la emergencia de un feminismo popular, masivo, que se apropia de las calles, que convierte el duelo en fuerza propia. Que aprende de las luchas indígenas en defensa de la vida y los recursos de sus territorios. Que se nutre de las formas en que las comunidades campesinas cuestionan el *agrobusiness* como dinámica de inserción de nuestros países en el mercado mundial. Que se hace cargo de los modos de explotación financiera bajo los cuales se impulsa el consumo popular. Sobre estos puntos es clave también la pista de Luxemburgo y el modo en que teorizó la expansión colonial como avance contra todo lo que en el lenguaje de su época llamaba las “formaciones de economía natural”. En particular contra el despojo de las tierras para acabar con la autosuficiencia de las economías campesinas, remarcando también las deudas hipotecarias sobre los granjeros estadounidenses y la política imperialista holandesa e inglesa en Sudáfrica contra negros e indígenas como formas concretas de violencia política, presión tributaria e introducción de mercancías baratas.

La novedad de este momento del feminismo es que, a diferencia de otros ciclos de auge de luchas en América Latina (por ejemplo, a principio del siglo XXI), ahora la dimensión feminista es una clave explícita del protagonismo femenino. Esto nos permite conectar temporalidades variadas. Por un lado, entre diversos momentos y generaciones de lucha. Por otro, nos abre a la pregunta por cómo seguirá el movimiento después del 8M.

Los paros de octubre pasado y este 8 de marzo –y las movilizaciones callejeras masivas que lo antecedieron en la Argentina: el 3 de junio de 2015 y 2016 bajo las consignas #NiUnaMenos, #VivasNos-Queremos– evidencian que la emergencia del movimiento está tramada por un tejido de largo alcance, de una textura cotidiana, de un trabajo que logra afirmarse en las organizaciones y los barrios, en las escuelas y las cooperativas, en las casas y los centros comunitarios de salud.

Sabemos que la respuesta a esta movilización, que pone en escena un feminismo de masas, no se hace esperar. Por un lado, está la invectiva securitista: así el Estado actualiza su cara colonial y se convierte, una vez más, en el operador empírico de una homogeneización nacionalista que activa todos los protocolos patrióticos de la seguridad y el racismo. En esa línea, por ejemplo, denunciamos la persecución y el encarcelamiento por delitos menores sobre todo a las mujeres y migrantes, de modo tal que se criminalizan formas de supervivencia, mientras los crímenes de las corporaciones y el narcotráfico quedan impunes porque benefician al capital. Por otro, vemos estrategias de infantilización y culpabilización de nuestras autonomías.

Lo que Luxemburgo denunciaba con la guerra como estrategia para desarmar las luchas obreras, hoy debemos pensarlo al interior de las nuevas formas de la guerra, como le llama Rita Segato, que tienen en la violencia contra el cuerpo de las mujeres su texto privilegiado. Sólo así es posible entender la intensa y creciente “pedagogía de la crueldad” –como también la nombra Segato– de esta violencia “expresiva” (ya no sólo instrumental) que difunde una habilitación del abuso y obliga a un mandato de masculinidad patriarcal.



TEJEMOS UN NUEVO INTERNACIONALISMO

La dimensión internacional del paro es un elemento fundamental porque nos hace parte de una escala en la que nuestras luchas se sostienen y potencian. Es allí también donde la interseccionalidad se vuelve fuerza de enunciación y lectura coyuntural crítica de un neoliberalismo conservador y xenófobo a nivel planetario.

Para Rosa Luxemburgo, la huelga contiene un pensamiento político. Y cuando ella describe su extensión aparece una geografía acuática. "Ora se extiende por todo el imperio como una ancha ola de mar, ora se divide en una red gigantesca de estrechos riachuelos; ora brota de las profundidades como un fresco manantial, ora se hunde completamente en la tierra". Está dando cuenta sin dudas de una multiplicidad de acciones para concluir que "todo esto fluye caóticamente, se dispersa, se entrecruza, se desborda; es un océano de fenómenos, fluctuante y eternamente en movimiento".

Nosotras también tenemos la tarea de desplegar el pensamiento político de la huelga que nos toca vivir. Y hacerlo en voces múltiples, conectando las diversas experiencias y modos de vida que se afirman contra la explotación del capital. Sospechamos que lo que emerge es una forma de acumulación de experiencia, de narrativa y de formas de luchas que marcan la emergencia de una dinámica internacional de nuevo tipo.

Se trata, además, de un contrapunto radical con las formas en que la iglesia católica busca encarnar la crítica posible a los "excesos" del capitalismo. Por eso, poniendo en primer plano las autonomías del cuerpo y a la vez politizando la problemática de la producción y reproducción de la vida, el movimiento feminista de masas es una respuesta a los modos filantrópicos y paternalistas con los que se quiere subsanar la precariedad, imponiendo formas conservadoras y reaccionarias de subjetivación aceitadas por el miedo.

La fuerza del movimiento también tiene que ver con que asume una elaboración paciente y difícil. Por ejemplo, en la Argentina, la preparación del paro internacional hizo que las asambleas reactivaran la cotidianeidad de muchas organizaciones (sindicales, políticas, educativas, culturales, etc.), produciendo nuevas imágenes de soberanía popular; intermitentes y frágiles pero persistentes y capaces de producir nuevas formas de poder. Ponen así en práctica algo que hoy se pregunta la alta filosofía: ¿qué significa actuar juntxs cuando las condiciones para hacerlo están devastadas?

Llegamos al paro a partir de una creación colectiva. Nos queda seguir trabajando sobre esa geografía acuática de la que habla Rosa, según un arte que vayamos tejiendo de velocidades y saltos, de acumulaciones y reposos.



#8M “Quien no se mueve no siente las cadenas”

POR CLAUDIA KOROL**

El 8 de marzo las mujeres paramos. Hace siglos que venimos caminando y moviendo al mundo con nuestro trabajo invisibilizado por el poder patriarcal. Desde tiempos ancestrales parimos la vida, cuidamos el bosque, los ríos, las lagunas, cultivamos la tierra, guardamos las semillas, encendemos el fuego, acunamos a las niñas y niños, inventamos la comida aun en tiempos de escasez, cuidamos a hijas, hijos, padres, madres, abuelas y abuelos. Somos las mujeres quienes trabajamos la tierra que casi siempre es propiedad de otros, quienes nos abrimos camino entre el acoso callejero y las violencias múltiples, en las densas ciudades construidas para desaparecerarnos.

El 8 de marzo paramos. Pero mucho antes ganamos –en grandes luchas colectivas– nuestro derecho a trabajar en oficios y profesiones que nos fueron negados, a estudiar en escuelas y universidades que nos fueron prohibidas, a votar en elecciones a quienes deberían representarnos –aunque por lo general lo olvidan–, a intervenir en parlamentos

que nos rechazaron, a investigar –no desde los saberes jerarquizados y creados a su talle por el patriarcado, sino desde nuestra propia conciencia–, a decidir libremente nuestra opción sexual, nuestro amor y desamor.

Las mujeres encontramos nuestros modos de hacer arte. Nos anima la necesidad de que la precarización de la vida no se trague todo el tiempo del deseo. Defendemos el tiempo de la belleza. Por ello hacemos poemas, cuentos, novelas, teatro, pintamos, cantamos, danzamos, con la misma pasión con la que compartimos los secretos de lo que se cuece a fuego lento en los calderos.

Cada puerta abierta, cada derecho conquistado, nos trae el recuerdo de millones de mujeres que lucharon para lograrlo. Con ellas andamos en nuestra memoria colectiva, y en nuestra subjetividad insurrecta. Brujas. Locas. Poetas. Científicas. Obreras. Campesinas. Sanadoras. Guerrilleras. Cocineras. Todas llegarán este 8M a decir que paramos, para seguir andando nuestras revoluciones.

¿QUIÉN NOS PARA?

7

Después del paro de las mujeres de Islandia en 1975, que dejó una huella que retomamos cuatro décadas más tarde, para confirmar lo que ya sabemos: que todas las huellas son parte de nuestro camino. Después de 31 Encuentros Nacionales de Mujeres en la Argentina, que llenaron las calles, escuelas y plazas de diferentes ciudades, realizando ejercicios de autonomía respecto del poder patriarcal. Después de las acciones colectivas hechas desde los espacios tan diversos que integran la Campaña por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, o la Campaña contra las Violencias hacia las Mujeres, y otras articulaciones del movimiento feminista y de mujeres, lesbianas, trans, travestis. Después de las acciones radicales organizadas por las mujeres sin tierra, de la Vía Campesina y de la Marcha Mundial de Mujeres en todo el continente. Después de conocer la radicalidad de las mujeres indígenas en defensa de los territorios y cuerpos en todo el Abya Yala. Después de acciones tan masivas como las convocadas en varios países por Ni Una Menos en los dos últimos años. Después de la movilización anti Trump de las mujeres migrantes y norteamericanas en las entrañas del monstruo. Después de estos ríos de mujeres que ocuparon el espacio público... ¿Quién nos para? ¿Quién no para?

Nos mueve el deseo. Y también paramos por deseo. Pero... ¿De qué deseo hablamos? O mejor dicho... ¿De qué deseos? Porque nuestro paro responde al encuentro de muchos deseos personales y colectivos, que van desde el inmediato de seguir vivas, hasta la posibilidad de asegurar, “para todas”, el derecho a que nuestras vidas sean espacios de libertad. Vivas y libres nos queremos, pero no sólo

algunas privilegiadas, sino todas las mujeres del pueblo.

“Lo personal es político” es un lema del feminismo que se ha vuelto consigna central para las nuevas revoluciones. Tanto es así que este paro no sólo interpela a las mujeres de los colectivos sindicales, sino a aquellas cuyo trabajo jamás ha sido reconocido –ni siquiera por ellas mismas–, ni por quienes se benefician de modo directo o indirecto de esa plusvalía intangible. Esta modalidad de politizar nuestra vida cotidiana y volverla escenario de conflicto es uno de los datos que profundiza la conciencia del movimiento de mujeres en las jornadas del 8 de marzo.

Nuestras experiencias son un gigantesco laboratorio donde ensayamos gestos de rebeldía y recuperamos gritos libertarios, pronunciados incluso por mujeres que jamás conocimos.

“Quien no se mueve no siente las cadenas”, dijo hace muchos años ya Rosa Luxemburgo. Y esta frase nos ayuda a pensar los objetivos no sólo políticos, sino también pedagógicos del paro. Se trata de la pedagogía que nace en los cuerpos insubmisos: quienes toman conciencia de la imposibilidad de parar unas horas, un día, ven y sienten que las tareas que realizan cotidianamente las tienen amarradas a una lógica que se vuelve un chantaje sobre sus cuerpos, sus tiempos, su vida toda. Una de las consecuencias más inmediatas que está produciendo la convocatoria al paro, junto con el debate de nuestras organizaciones y de una parte de la sociedad, es que miles de mujeres en el mundo podemos “sentir nuestras cadenas”, y buscar entonces las maneras de arrancarlas, para que nuestras vidas no reproduzcan sutiles o abiertas esclavitudes.

REPARTO DE TAREAS

"Las revoluciones dan vueltas, pactan, hacen declaraciones /las mujeres en las filas traseras de la política/ todavía lamen hilo para pasarlo por el ojo de la aguja.../ mujeres cuyo trabajo reconstruye el mundo / todas y cada una de las mañanas. / He visto a una mujer sentada entre la estufa y las estrellas. / Sus dedos chamuscados de apagar las velas de la pura teoría. / Índice y pulgar: los dos quemados:/ he sentido esa cera sagrada levantarme ampollas en la mano".

Este fragmento del poema de Adrienne Rich, "Reparto de tareas", nos atraviesa y atrapa. La "división sexual del trabajo" es un modo de nombrar un reparto del mundo en el que nuestro territorio-cuerpo de mujeres queda en el lugar del trabajo desvalorizado, que nos lleva a ser mujeres "disponibles para todos, menos para nosotras".

Alguna vez las zapatistas nos contaron que se taparon el rostro para que el mundo las vea. Este 8 de marzo las mujeres de más de cuarenta y cinco países paramos, para que se vea la firme decisión de defender nuestras vidas, nuestro trabajo y nuestro tiempo, frente a un patriarcado capitalista y colonial que las secuestra,

mientras depreda la naturaleza y saquea los bienes comunes.

Es un paso para movernos de las políticas victimizantes hacia otras que expresan y se nutren de nuestro poder y de nuestro deseo. Un poder que no busca oprimir, sino emancipar. Un deseo que no se realiza de modo individualista, sino en comunidad.

Queremos que este 8M nos vean también en nuestros movimientos, en nuestras revoluciones. Porque hemos ido descubriendo que hay cadenas que nos amarran cuando somos parte de organizaciones que se autoproclaman como emancipatorias, pero que sin embargo obstaculizan las posibilidades de que las mujeres seamos no sólo partícipes de las luchas, sino protagonistas y voceras de las mismas. Ha sido muy difícil en los movimientos populares legitimar los espacios de mujeres, que se viven como amenazas por direcciones políticas predominantemente masculinas o masculinizadas. Desde allí creen que los espacios de mujeres están hechos para "dividir" las luchas, o para jerarquizar demandas que consideran "secundarias", frente a las que piensan como "principales", que son las que derivan del enfrentamiento capital-trabajo.

Nadia Sur



Carla Hayet



El paro internacional de mujeres coloca de manera central la cuestión del trabajo de las mujeres, fortaleciendo la perspectiva socialista del feminismo, que en muchos casos se ha fugado hacia posiciones liberales, de pequeños colectivos que construyen refugios necesarios, pero no puentes, en una percepción que comienza y termina en la micropolítica. Valorizando todo lo que nace como refugio, como lugares de cuidado, e incluso como espacios de deseo y de libertad, la apuesta de los feminismos populares, socialistas, que acá queremos compartir, es que desde esos millares de refugios y espacios de deseo se tiendan los puentes necesarios para generar un gran movimiento antipatriarcal, que tenga el objetivo preciso de derribarlo, junto al capitalismo y al colonialismo. Movimiento de movimientos, de comunidades, de colectivas que rompamos también las fronteras que a veces levantamos entre nuestras propias experiencias, reproduciendo fragmentaciones estériles y absurdas, que no responden a la dimensión de nuestros sueños.

Si el 8 de marzo nació como iniciativa de las feministas socialistas de los comienzos del siglo XX,

y unió a las demandas de las obreras por condiciones dignas de trabajo, y de las mujeres que reclamaban el derecho al sufragio, y de la defensa de la paz frente a las políticas imperialistas de guerra; este 8M recupera esos contenidos internacionalistas, radicales, de nuestra historia.

Desde hace tiempo ya que el enfrentamiento con el patriarcado nos lleva muchas vidas. Las feministas populares del Abya Yala estamos acorazonadas en la memoria de Bety Cariño, de México; Berta Cáceres, de Honduras; Laura Leonor Vásquez Pineda, de Guatemala; Macarena Valdés, de Chile; Ruth Alicia Lopez Guisao, de Colombia, entre muchas otras hermanas víctimas de femicidios territoriales ordenados por las corporaciones transnacionales y los gobiernos serviles a las mismas.

Desenmascarar estos modos de violencia, de crímenes de mujeres defensoras de la tierra, de la biodiversidad, de los ríos, es poner en la agenda del Paro Internacional de Mujeres junto a la exigencia de justicia, la defensa de territorios, cuerpos, y los derechos de la naturaleza.

UN NUEVO INTERNACIONALISMO

Escribimos desde nuestras entrañas, revueltas por tanto dolor e indignación. Desde nuestras manos que tienen las marcas del trabajo invisible. Desde nuestra piel tatuada con la sangre de nuestras hermanas caídas. Escribimos desde nuestros territorios arrasados. Desde un continente partido por la lógica colonial de fragmentar para reinar. No reconocemos las fronteras que nos impusieron los magnates del saqueo. No reconocemos sus invasiones, sus guerras –que nos tienen siempre de rehenes y de botín–, sus golpes de Estado, que anudan las violencias estructurales con modos perversos de violencia sexual, ejercidos para disciplinar y subordinar nuestros cuerpos, invadiéndolos física y espiritualmente con su poder brutal.

Escribimos desde la cicatriz que nos partió en dos a partir de la conquista, y de las sucesivas coloni-

zaciones. Un espacio en el que fermenta un feminismo con rostros de mujeres rebeldes, indígenas, negras, garífunas, populares. Un feminismo plebeyo, insumiso, libertario. Nuestra memoria rebelde de enfrentamiento al coloniaje tiene los nombres y ejemplos de Bartolina Sisa, de Micaela Bastidas, de Juana Azurduy, de la india Juliana, entre muchas otras que no figuran en la historia escrita por los vencedores.

Es desde esta raíz, en la que vamos enredando un nuevo internacionalismo, que valoramos las experiencias que nos llegan desde otras geografías: de las mujeres socialistas, como Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin, Alexandra Kollontai, que supieron unir la perspectiva socialista y feminista en los comienzos del siglo XX. De las feministas socialistas y anarquistas, que cruzaron el océano, y enseñaron nuevos caminos a las rebeldías





del nuestro. Flora Tristán, Virginia Bolten, Juana Rouco Buela y tantas “parias” que abrieron caminos. De las obreras neoyorquinas que marcharon por las 8 horas de trabajo a principios del siglo XX. De las trabajadoras rusas que comenzaron la revolución contra el zarismo, de las feministas negras que nos enseñaron que los cuerpos racializados hablan otras historias. De las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, que nos enseñaron que la única lucha que se pierde es la que se abandona.

Escribimos nuevos tramos de esta genealogía de luchas en la que el internacionalismo feminista hace del respeto a la diversidad de voces una trama plural. Donde la asamblea es el espacio para el diálogo y la creación de consensos. Donde nuestros cuerpos y palabras caminan a la vez, anunciando el reencuentro fracturado por siglos de colonizaciones.

El feminismo popular, internacionalista pretende –aunque no siempre lo logre– discutir las jerarquías, la burda competencia sobre quién tiene la bandera más grande, la palabra más fuerte, la autoridad impuesta por el dinero o por la fuerza; modalidades propias de la cultura política patriarcal. Es un feminismo que busca anudar lo que el patriarcado rompió, desgarró, con sus armas, sus golpes, sus leyes, sus trampas.

No es un feminismo globalizado por las redes de “feisbuc” o de “tويتر”.

Aunque recurrimos a las tecnologías como parte de nuestros instrumentos de comunicación, aprendimos que la más eficaz es la que logramos caminando juntas, codo a codo, acompañándonos en la lucha por la libertad de una compañera, en el dolor por una hermana asesinada, en la posibilidad de concretar un aborto, aunque lo prohíba la Santa Sede y sus gobiernos –incluso muchos de los que se autodenominan como “progresistas”–.

Anudamos nuestras luchas con las de las hermanas kurdas, y asumimos los debates propuestos desde sus experiencias, que reniegan de la noción de Estado Nación, y proyectan otros modos de encuentro más allá de las fronteras, o de quienes se asumen como parte del Abya Yala, discutiendo el concepto de Nación creado desde las sucesivas colonizaciones. Nuestro internacionalismo, nacido ya así nombrado desde las entrañas de las mujeres del pueblo, busca “acuerparnos” más allá de los modos en que nombremos nuestras redes de vida.

Este 8M paramos también por la paz, en el continente y en el mundo. Porque las mujeres somos tejedoras de una paz que significa parar las bombas, los exterminios, las balas de los ejércitos, y también los golpes de los machos violentos, de los abusadores de niñas –muchas veces padres, abuelos, hermanos–, entre las cuatro paredes de nuestras casas.



VOLAMOS, BORDAMOS, CAMINAMOS Y PARAMOS

Este 8M, parando y andando, nos miraremos a los ojos, y sabremos que tenemos la fuerza de siglos para cambiar la historia, para escribir un tiempo de disidencia frente a la heteronorma, de creatividad ante el discurso vulgar y rutinario del poder transnacional, de feminismo desde abajo.

Las brujas que no pudieron matar estaremos en las calles con la memoria fértil de las que ardieron en todas las inquisiciones. Bordaremos en una gran manta nuestros rostros, nuestras manos, nuestros dolores, nuestros sueños, y los de todas las que nos faltan. Bordaremos en ronda, colectivamente, entre

risas y cantos, con los colores de la tierra, del cielo, de los bosques, de los ríos, de las flores, del sol, de la luna, una manta gigante para abrigarnos de la tempestad, y para cuidar a quienes están llegando a este mundo.

Para nosotras no hay distancia entre parar y bordar. No hay contradicción entre parar y volar. No hay abismos entre gritar y acariciar. No hay fronteras entre nuestros dolores y esperanzas.

Extrañando a Lohana, diremos con ella que “nuestra revolución es ahora”. Y la estamos haciendo.

**Verónica Gago es docente e investigadora, integrante de la asamblea latinoamericana “ni una menos”.*

***Claudia Korol es educadora popular, militante del equipo de educación popular “Pañuelos en Rebeldía”.*

PUNTO DE DEBATE

Fundación Rosa Luxemburgo
Número 11, marzo de 2017.
ISSN 2447-3553

Punto de Debate es una publicación editada por la Fundación Rosa Luxemburgo con fondos del Ministerio Federal para la Cooperación Económica de Alemania (BMZ). Busca abrir espacios para el debate sobre uno de los ejes centrales de nuestra proyección política: el Buen Vivir en Brasil y el Cono Sur; Derechos humanos y de la naturaleza desde una perspectiva de

transformación, justicia social y justicia ambiental.

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de los autorxs, y no expresa necesariamente la opinión de la FRL.

Esta edición se realiza bajo la licencia y uso creativo compartido o Creative Commons 3.0- BY-ND (Atribución – Uso no comercial – Mantener estas condiciones para obras derivadas).

Director: Gerhard Dilger
Coordinación editorial en la Oficina de enlace Buenos Aires: Elisangela Soldatelli y Florencia Puente
Proyecto gráfico: Nadia Fink y Francisco Farina
Tirada de 300 ejemplares
Santos Dumont 3721, CP 1427, Buenos Aires
rosaluxspba.org



**FUNDACIÓN
ROSA
LUXEMBURGO**